

LAS HIJAS DE MARÍA INMACULADA Y DE TERESA DE JESÚS

A LAS JÓVENES CATÓLICAS

Hermanas en Jesucristo: Una mujer hebrea obró en otro tiempo confusión en las huestes del rey Nabucodonosor; y más tarde otra mujer obró confusión en las del demonio. Y no contenta con ello asaltó el palacio del Rey de la gloria, y yo no sé con qué gracias, yo no sé con qué atractivos robole el corazón, y le obligó a morar en humilde choza, vestido a la usanza de la aldea, al igual del más pobre y humilde de sus vasallos. Ya conocéis que esta mujer esforzada es la sin par Virgen María, Madre de Dios y vencedora del infierno.

“Mas en tiempos posteriores obró el Señor gran salud en el pueblo católico por mano de una hija de María, porque suscitó porque suscitó como nueva Débora a la virgen Teresa de Jesús, la cual, después de haber triunfado con admirable victoria de su carne con su perpetua virginidad, del mundo con su humildad asombrosa, y del demonio y sus asechanzas con grandes y muchas virtudes, meditando en su espíritu hazañas más sublimes, trascendiendo con la grandeza de su ánimo la virtud de su sexo, se ciñó de fortaleza y robusteció su brazo para instituir y acaudillar los ejércitos de los fuertes que guerrear por la ley y causa del Dios de Sabaoth.” (Gregorio XV, en la bula de su canonización).

Bajo, pues, la bandera de estas dos esforzadas heroínas os convida a militar el que os ama en Jesucristo y aspira a salvar la patria y el mundo, salvándoos a vosotras: Vosotras sois quienes debéis decidir y sentenciar sin apelación si la familia y el individuo, y por consiguiente si la sociedad entera, han de ser de Jesucristo, o de Lucifer; de Dios, o del demonio: si adorarán la virtud, o se abandonarán al vicio. Como sé que los pechos españoles son generosos y esforzados, y que bajo los delicados miembros del sexo débil late un corazón de fuego, capaz de grandes empresas, os propongo mi plan bajo la forma de batalla, pues a un ejército en orden es comparada María, bajo cuyos auspicios acaudilla Teresa el cerrado escuadrón de sus hijas las Carmelitas descalzas.

El objeto de mi Asociación es el mismo que nos propone la Iglesia al admitirnos en su gremio: renunciar a Satanás, a su obras y pompas, para hacer lugar al Espíritu Santo: echar de las almas a Lucifer, para que viva y reine en ellas Cristo Jesús.

No se trata de que entréis monjas, ni siquiera de cargaros con nuevas obligaciones o de imponeros duros sacrificios: no se trata sino de que seáis cristianas de veras, y de facilitaros los medios de serlo. Lo primero es un deber riguroso, imprescindible; los segundos los encontraréis en la Asociación a que se os llama. ¿Habrà alguna que no responda al llamamiento? No es posible, puesto que sois católicas y españolas. Además, en la Asociación de María y Teresa cada una de vosotras se encontrará en su propia casa. ¿Sois nobles y de ilustre cuna? María era hija de cien reyes, y Teresa de Jesús emparentaba con los nombres más ilustres de la tierra hidalga de Castilla. ¿Sois artesanas? María no se desdeñó de ser y llamarse esposa de un carpintero de Nazaret, y Teresa de Jesús hallaba sus delicias en confundirse con la gente del

pueblo. ¿Sois labradoras? Ocupadas María y Teresa en los quehaceres domésticos y de la familia, no hacían sino lo que vosotras hacéis.

El mundo, hermanas mías en Jesucristo, va envejeciendo, y bajo el peso de sus pecados e ingratitudes se extingue la luz de la fe y ahógase la llama de la caridad. La decrepita Europa muere, helado su corazón del que podría creerse se retira el calor de la sangre de Cristo. Mas Dios nuestro Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; Dios, que ha hecho sanables las naciones, ha dejado en su seno gérmenes de vida y restauración. Algunas brasas del fuego divino ocultas bajo la capa de ceniza que han amontonado nuestras culpas esperan que un solo poderoso las avive, que una mano pródiga acerque combustible para producir el fervor de mejores días.

¿Dónde está esa mano? ¿Dónde ese soplo? ¿Quién renovará esos carbones, que van apagándose, hasta arrancarles chispas que recorran la tierra y encender llamas que al cielo lleguen? Vosotras, hermanas, asociadas bajo el glorioso y eficaz patronato de María y de Teresa: la imitación de las virtudes de ambas y los escritos de la segunda son los medios que han de obrar tamaña maravilla.

Y no es esta una exageración o una pretensión ridícula; no. Ningún corazón humano se acerca a María sin que sienta los ardores del suyo, cuyas ascuas ardientes y un volcán de llamas, según sentencia del Espíritu Santo. En cuanto a los escritos de Teresa, ¿quién los ha manejado nunca sin sentir el fuego de aquellas frases caldeadas por el que hierve en su pecho? “Es para mí una verdad, -dice un docto Arzobispo, en la dedicatoria al Sumo Pontífice, de la traducción italiana de las obras de la Santa,- es para mí una verdad que el Espíritu Santo ha inspirado su publicación en estos tiempos, para avivar la llama de la caridad extinguida en muchos y debilitada en otros.” Ahora bien, pasando por vuestras manos, hermanas, si me es lícito decirlo así; siendo vosotras, siendo la mujer católica el maravilloso conductor, es como ese fuego divino se comunicará al mundo. ¿Se ha visto nunca al mundo resistir la acción simpática, la ardorosa influencia de la mujer? Corazón de la familia, reina del hogar doméstico, dulce encanto de la sociedad y gloria de la religión; la mujer católica posee la virtud de asimilación, pero virtud sin límites e irresistible. El mundo ha sido siempre lo que le han hecho las mujeres. Y un mundo hecho por vosotras, formadas según el modelo de la Virgen María con las enseñanzas de Teresa; un mundo que, rendido a los pies de María, lea a Teresa, no podrá ser sino un mundo de Santos. Manos, pues, a la obra, que el tiempo urge y apremian las circunstancias.

En nuestros aciagos tiempos con más verdad que en los días de Teresa, Nuestro Señor está cercado de dolores, no puede ir a ninguna parte que no le atormenten y den heridas mortales; son muy pocos los vasallos que le han quedado, y mucha la multitud que acompaña a Lucifer, a quien sirven con lo que le da Dios, pues no tiene nada para sí ese maldito, sino mucha desventura. ¡Tan pobre es! Toman por amigo y compañero al demonio y siguen a tan infernal capitán: vuelven sus furias y fuerzas contra Jesús, nuestro Rey y Salvador. ¡Oh dureza de corazones humanos! ¿Qué es esto, Señor, que para todo somos cobardes, si no es para contra Vos? Aquí se emplean todas las fuerzas de los hijos de Adán. ¡Oh cristianos verdaderos! ¡Oh hermanas mías en Cristo! Tiempo es ya de defender a nuestro Rey y Señor, y acompañarle en

tan gran soledad. Estase ardiendo el mundo; quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios: le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores, y que no tuviese a donde reclinar la cabeza: quieren poner su Iglesia por el suelo: quieren acabar con todos sus ministros; y lo que peor es que se muestran amigos en lo público y véndenlo en lo secreto: casi no halla de quién se fiar.

A este fin hame parecido es menester, os diré con mayor razón que decía Teresa, como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra y viéndose el señor de ella muy apretado, se recoge a una ciudad que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar con los contrarios, y ser tales los que están en la ciudad como es gente escogida, que pueden más ellos a solas que muchos soldados, si eran cobardes, pudieran, y muchas veces se gana de esta manera victoria, a lo menos aunque no se gane no los vencen, porque, como no hay traidor, pueden morir, mas no quedar vencidos. Este castillo son los buenos cristianos, y los capitanes los sacerdotes y obispos, pues en esta empresa ha de valernos el brazo eclesiástico, y no el seglar. Pero me diréis: ¿Qué podemos hacer nosotras, débiles doncellas, para ayudar a la defensa de este castillo? –Todo lo podéis hacer. –¿Cómo? – Procurando ser tales que valgan vuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios que con tantos trabajos se han fortalecido: orando por los Pastores de las almas, que son los que esfuerzan a la gente flaca y ponen ánimo en los pequeños, pues buenos quedarían los soldados sin capitanes que les guiasen a la victoria. Además, debéis ser predicadoras de obras; toda vez que el Apóstol y vuestra inhabilidad os quita lo seáis de palabras. Si en esto podéis algo con Dios, como podréis, aunque flacas doncellas, peleáis por él, y quizás vosotras alcanzaréis del cielo el buen éxito de esta empresa.

Oración, pues, y buenas obras con la imitación de las hermosas virtudes de María, alimentando vuestro espíritu con la celestial doctrina de Teresa. Estas son vuestras armas, y la Asociación el arsenal que las contiene abundantes y siempre a mano. Ved ahí donde os esperamos. En cuanto a la victoria, ésta es segura. Venciéndoos a vosotras mismas obraréis vuestra santificación; y el Dios de paz, quebrantando y abatiendo a Satanás debajo de vuestros pies, os dará el mundo por trofeo, para que en él reine Jesucristo.

Que Teresa de Jesús os sostenga en vuestro camino, os aliente en la lucha y confirme en el amor de Dios. Que María inmaculada os acoja bajo su manto virginal y os preserve de las seducciones del siglo. Que el amor de Jesús forme las delicias de vuestras almas, llene vuestros corazones y reine en vosotras hasta que vosotras reinéis con Él, ceñidas vuestras sienes con la corona de gloria e inmortalidad reservada al mérito de las batallas que habréis sostenido contra sus enemigos, y del celo por la santificación y propagación de su santo nombre.

Tortosa, fiesta de la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús, año 1873.

Enrique de Ossó.